EL TEATRO
Colección de obras dramáticas y líricas

PROCESO DE UNA ZARZUELA

EL PUESTO DE LA INOCENCIA

ESCRÚPULO DE SAINETE LÍRICO

en un acto y tres cuadros en prosa y verso

ORIGINAL DE

Félix Méndez Martínez y Ceferino R. Avecilla

MÚSICA DEL MAESTRO

FERNÁNDEZ PACHECO



MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.
SUCESOR DE LOS HIJOS DE A. GULLÓN
Pez, 40. — Oficinas: Pozas, 2, segundo.
1897

15

EL PUESTO DE LA INOCENCIA

Pinto, impresor, Flor Baja, 11.

EL PUESTO DE LA INOCENCIA

escrúpulo de Sainete lírico
en un acto y tres cuadros en prosa y verso

ORIGINAL DE

Félix Méndez Martínez y Ceferino R. Avecilla

MÚSICA DEL MAESTRO

FERNÁNDEZ PACHECO



MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.
SUCESOR DE LOS HIJOS DE A. GULLÓN
Pez, 40. — Oficinas: Pozas, 2, segundo.
1897

PERSONAJES

Inocencia.
Señá Luisa.
Doña Salud.
Doña Elena.
Sagrario.
Una niñera.
Una chula.
Una nodriza.
Una criada.
Jesùs.
D. Sebastián.
D. Santiago.
Colás.
Mauricio.
Un chulo.
Leonardo.
Poeta primero.
Idem segundo.
Un húsar.
Un sargento.
El juez.
El secretario.
Guardia primero.
Idem segundo.

Nodrizas, niñeras, soldados, barquilleros y gente del pueblo

Epoca actual

Derecha é izquierda las del actor



CARTA-PRÓLOGO

Sr. D. Ceferino R. Avecilla.

Mi queridísimo amigo y colaborador: He seguido tus acertadas instrucciones, y rompiendo las conveniencias y pragmáticas sociales, más aún, violentando mis propios sentimientos, porque estoy y estaré mucho tiempo más muy afligido por mis recientes pérdidas de familia, asistí á una representación de la aplaudida zarzuela *Agua, azucarillos y aguardiente*, original del ilustre escritor Sr. Ramos Carrión, indiscutible primera figura entre los autores del *género chico*, y aun del *grande.*

Me pides que te refiera gráficamente la historia de la odisea de nuestro libro *El Puesto de la Inocencia,* y como á mí me encomendaste su lectura á las empresas teatrales y la gestión necesaria para estrenarla, por las facilidades que tú cándidamente supusiste que tenía yo por mi profesión de periodista y colaborador de semanarios ilustrados, reconozco que tienes derecho á la petición, y en su virtud te complazco seguidamente.

Terminado nuestro libro *El Puesto de la Inocencia* á fines de Marzo de 1894, le leí en la redacción de *El Resumen*, del cual era yo redactor por aquella época, ante los Sres. D. Angel de Luque, Director; don Eduardo Bermúdez y Caparrós; D. Carlos Franquelo, hoy de *Blanco y Negro*; de D. Ramón Escandón, hombre sapientísimo, gran erudito y autor de libros muy estimados por los cultivadores de las ciencias exactas; de D. Enrique Contreras y Camargo, redactor jefe, ahora, de la popular revista *Nuevo Mundo*, y de dos ó tres personas más de reconocida suficiencia literaria y de inteligencia y cultura no comunes, como puede revelarlo el ser tertulianos de personas tan conocidas y consideradas en la república de las letras como lo son las citadas por sus nombres y apellidos en este mismo párrafo.

No recuerdo de las opiniones particulares de cada uno; pero la opinión general fué la de que nuestra obra era admisible para ser representada, y la de que merecía ser aplaudida, teniendo en cuenta lo difícil que es, *á veces*, dar gusto al público de los teatros,

Yo leí con mucho recelo nuestra obra; primero, porque el linaje literario del auditorio era de consideración; y segundo, porque era mi primer libro. Aún recuerdo de que las primeras escenas las leí muy mal, con la boca seca por la emoción; los sentidos embargados por la vergüenza, y el pavor de la duda; de esa duda martirizante que acomete á todo hombre que ha escrito algo, y que tiene sentido común, aunque no tenga sabiduría ni talento. Leí mal, repito, las primeras escenas, porque ni mi atención ni mi vista estaban en el sentido y caracteres, respectivamente,

del manuscrito, que materialmente bailaba entre mis manos convulsas: mi principal cuidado consistía en observar si alguna fisonomía de mis oyentes indicaba con una mirada ó con un gesto que nuestra obra era una sandez; afortunadamente, nada de esto ocurrió; todos tenían indicada la sonrisa *sin carácter malicioso* (esto es facil observarlo cuando se trata con hombres de buena fe y bien educados), detalle que me halagó y me satisfizo, porque nuestro propósito al escribir *El Puesto de la Inocencia* no fué el de hacer llorar á los que la oyesen. Aquellas sonrisas eran indudablemente nuestro primer triunfo.

Al día siguiente llevé la obra á la Contaduría del teatrito de Romea, para leérsela al eminente maestro Caballero, de quien yo solicité protección para que se estrenara en Eslava.

Esta lectura no la hice yo, que ya estaba muy escarmentado de lo que sufrí en la primera; ésta la hizo, en mi obsequio, mi querido y buen amigo don Manuel Fernández de la Puente, hijo mayor del citado célebre compositor, delante de su señor padre, el cual se quedó con el manuscrito para entregárselo al Sr. Pinedo, lo que fué cumplido á los tres ó cuatro días.

El Sr. Pinedo tuvo el ejemplar en su poder más de mes y medio, por no poder ocuparse en su lectura, debido á su mucho trabajo, cosa que yo comprendí perfectamente; al cabo de ese tiempo me fué devuelto por el mismo conducto que fué entregado, diciéndome que no podía *hacerse* porque no tenía *empuje suficiente*, en vista de lo cual, la llevé á mi casa para guardarla, y que durmiese el sueño de los justos.

Poco tiempo había transcurrido, cuando mi íntimo amigo el conocido escritor D. Luis París, Director artístico y representante de una Empresa que formó compañía para el Teatro Moderno, me pidió una lectura de letra y música de *El Puesto de la Inocencia*, las cuales se verificaron en el domicilio particular del empresario, donde el maestro Arnedo *dijo* al piano la partitura completa, después de la lectura del libro.

Allí no cuajó la cosa por deficiencias de la música, según me dijeron, la cual nos ha sido retirada, como sabes, por uno de los autores, viéndome precisado á encargar otra al Sr. Pacheco.

Volví con mis textos y folías á casa, y otra vez al cajón. Necesité dinero, y fuí á ver si me le daba Don Florencio Fiscowich, el cual me dió lo que necesitaba, y le dejé el libro; después pasó á D. Calixto Navarro, que desinteresadamente trató de estrenarla en nuestro favor; más tarde la tuvo en su poder el ingenioso y aplaudido autor D. Salvador María Granés; y últimamente, el año pasado, D. Lino Ruiloa, que me dió palabra de estrenarla, y no la cumplió porque fracasó la empresa de que era director y co-empresario en el teatro de Romea.

Todos los nombres que te he citado, pertenecen á personas que me merecen la más absoluta y ciega confianza; todos ellos son buenos amigos míos, y de todos he recibido pruebas inequívocas de indudable cariño.

Las coincidencias que existen en *Agua, azucarillos y aguardiente*, y *El Puesto de la Inocencia*, son la última fatalidad de nuestra modesta labor,

porque los varios puntos semejantes en ambas zarzuelas, dejan á la nuestra inutilizada para representarse, de no resignarnos á que nos digan que hemos plagiado la últitima producción del autor de *El chaleco blanco*, Sr. Ramos.

Las tales coincidencias son lógicas; al desarrollar la acción en el aguaducho de un paseo público de la misma población, autores distintos, tienen que coincidir en muchas cosas, aunque los asuntos principales sean distintos también, y diferentes los paseos donde se desarrollan las acciones.

El aguaducho que *necesitaba* el maestro para su obra, le instaló en Recoletos; mientras nosotros el nuestro le instalamos en la Plaza de Oriente.

Natural es, á partir de este punto, que haya parecidos en los tipos, y analogía en los personajes de las dos obras. Por eso hay en *Agua, azucarillos y aguardiente,* amas de cria, gente del pueblo, guardias, aguadoras, chulos, uno de ellos *amigo íntimo* de la aguadora, barquilleros, una parejita de enamorados, acompañada de la madre de la novia, presentada como presunta suegra, y un anciano que tiene que figurar en todo esto, para soltar el dinero que ha de enredar los acontecimientos, sean los que fueren.

Desengáñate, tenía que ser todo parecido á lo que *pasaba* en *El Puesto de la Inocencia.* ¡Ah! y si los diálogos no son iguales, es porque tampoco, por desgracia nuestra, son iguales las imaginaciones que los han construído.

A pesar de ser en tres cuadros las dos, y el segundo ser un telón de boca en las dos, y uno de los

otros ser en sala y el otro en el aguaducho, hay diferencias notables; observa que en *Agua, azucarillos y aguardiente* no hay soldados, ni poetas, como los hay en nuestro *Puesto*, porque lo exige el lugar. De la misma manera que en *El Puesto* no hay niños, porque te acordarás de que pensamos en que *el que con niños se acuesta...*, y ahí lo tienes en *Agua, azucarillos y aguardiente* con aquel bebé que sale allí á demostrar el adagio.

Tampoco nosotros nos hubiéramos atrevido á sacar á la escena un hombre en calzoncillos, porque *no conocemos los resortes* del teatro, y hubiéramos creído, si hubiéramos pensado en ello, que eso no se podía hacer... ¡Y ya ves tú si se puede!

¿Consistiría en esto el *poco empuje* aquel de que habló Pinedo?

Lo único cierto de todo esto es que estuvimos acertados en bautizar la obra con el título de *El Puesto de la Inocencia*, porque no nos la habrán *puesto*, pero ha resultado de la mayor *inocencia*.

Afortunadamente, podemos darnos tono, porque el acreditado nombre del autor que ha recogido de la vida real los mismos tipos que nosotros y los mismos lugares (me refiero á los aguaduchos) para construir una obra de gran éxito, es una garantía de que servimos para el caso; y créeme, saber eso en estos tiempos, tan sólida y cumplidamente garantido, ya es mucho saber.

Desde ahora te autorizo para que imprimas y publiques nuestro libro, poniendo mi mal perjeñada epístola á guisa de prólogo, como deseas. Si yo tuviera dinero, como le tienes tú, puede que me hubie-

ra dado ese placer hace mucho tiempo, aunque te aseguro que no se me había ocurrido.

Eso de nombrar juez al público, sea por el medio que sea, me ha parecido siempre cosa de perlas.

Antes de concluir esta carta, te advertiré, porque así cumple mejor á mi nobleza y tranquilidad, que algo de culpa de no haber estrenado nuestra obra puedes atribuir á mi carácter abandonado, á este natural pigre que me ha dado Dios; pero ¿cómo voy yo á luchar contra mi genio?... En la lucha contra mi propio genio, lo sé, ó tiene que vencer el genio, como ocurre, ó tendría que suicidarme, y eso no; aunque por mi idiosincrasia desdichada, viva como un demonio, quiero tener la virtud y darme la satisfacción de morir cristianamente.

Así, pues, perdóname que haya ocurrido lo ocurrido, puesto que las pérdidas de carácter crematístico suponen poco ó nada para tí, que eres hombre de dinero.

Creo haber cumplido con el deber de responderte de mis actos, y me reitero como siempre tu amigo más leal y cariñoso

Félix Méndez.

Madrid 12 de Julio de 1897.



ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

La escena representa el trozo de la Plaza de Oriente comprendido entre las estatuas de Doña Petronila, reina de Aragón, y D. Alfonso VIII, rey de Castilla, en primer término.

A la izquierda, detrás de la estatua de la reina, un puesto de agua de los establecidos en dicha plaza, con una mesa de madera, un banco y tres ó cuatro sillas.

A la izquierda del puesto se suponen más mesas.

MUSICA

Coro de señoras vestidas de barquilleros al estilo de los que pululan por el Salón del Prado y Plaza de Oriente. Llevarán cajas auténticas para jugar las ruedas cuando la música disponga.

TODOS. Barquillos de canela,
alimento inglés,
por una perra chica
tres tiradas; ¡tres!

***

Nos llama un recluta que está con su novia
y quiere obsequiarla, como es natural,
juega con nosotros, y perra tras perra
nos vamos llevando todo su caudal.
Porque hacemos trampas
con mañas tan burdas,
que él juega á derechas,
nosotros á zurdas,
y aunque el quinto quiera presumir de pillo.
nos deja el dinero sin darle un barquillo.
Cojemos la caja,
y echamos á andar

por toda la plaza,
gritando á cual más:
Barquillos de canela,
etc., etc.

(Dejan las cajas en el suelo y hacen girar las ruedas.)

UNO. El quince.
OTRO. El veinte.
OTRO. El cuatro.
OTRO. El diez.
OTRO. El once.
OTRO. El catorce.
OTRO. El cinco.
OTRO. El tres.
TODOS. Barquillos de canela,
etc., etc.

***

TODOS. A veces ocurre, que viene un muchacho
con cuatro ó seis reales queriendo jugar
á la treinta y una, creyendo el imbécil
que dando á la rueda nos pueda ganar.
Y le hacemos trampa
con mañas tan burdas,
que él juega á derechas,
nosotros á zurdas.
Y aunque el chico quiere llevarse el *parné*,
dejamos su bolsa sin medio *calé*.
Cojemos la caja
y echamos á andar
por toda la plaza,
gritando á cual más:
Barquillos de canela,
etc., etc.

HABLADO

ESCENA I

INOCENCIA, dueña del puesto, vestida al uso, y señora LUISA, portera de la casa de enfrente.

INOCENCIA. ¡Hola, señora Luisa!

LUISA. Buenas tardes, Inocencia.

INOC. ¿Qué, viene usté á echar la *parrafá* de costumbre?

LUISA. Es claro, mujer. En ese cuchitril metida *tóo* el santo día de Dios, se pudre una.

INOC. Es *verdá*.

LUISA. Y luego con tantos dimes y diretes de las vecinas, se vuelve una loca.

INOC. *Tóos* son chismes, *¿verdá?*

LUISA. *Tóos*, hija, *tóos*.

INOC. ¿Y esa vecina nueva?

LUISA. *¿Cuala?*

INOC. La rubia.

LUISA. Esa es otra que te pego. ¡Menuda liosa debe estar! Dice que es viuda de un banquero francés; pero figúrese usté..... á mí....

INOC. ¡Ya, ya! Se cree la gente que toda la demás es tonta.

LUISA. Mire usté, esa rubia, dice que viene de París, y que allí se ha muerto su marido, dejándola una fortuna tremenda, que administra un tío suyo que viene á verla *tóos* los días.

INOC. ¡Ave María!

LUISA. A mí no me la dá, por supuesto. Ese tío..... figúrese usté, ese tío.

INOC. Sí, sí, no diga usté más señá Luisa. Y diga usté, ¿qué es de aquella señora, rubia también, que vivió en el mismo piso?

LUISA. ¡Ah! Aquella era un angel. Usté dice Doña Virtudes..... ¡qué buena!... ¡qué religio-

sa!.... No salía de casa más que los domingos *pá* ir á misa, y volvía en seguida.

INOC. ¿Y dónde vive ahora?

LUISA. Ahora vive en Recoletos, en un hotel precioso, con capilla y todo.

INOC. ¡Hola, hola!

LUISA. Sí, señora, ¿No ve usté que recibe mucho dinero que la manda su esposo de fuera? ¡Son muy ricos!

INOC. Hija, qué suerte. En cambio una está aquí matándose á trabajar, *pá ná*, todavía no he *despachao* ni un vaso de agua.

LUISA. Mujer, acaba usté de abrir el puesto.

INOC. Es *verdá*; pero ya verá usté como cuando le cierre, lo más que he *vendío* son cinco *riales*, si no viene Jesús por algo de la venta.

LUISA. Mírele usté: aquí está.

INOC. Es *verdá*.

LUISA. ¡Adios Inocencia! (Váse por la derecha.)

INOC. ¡Hasta luego, señá Luisa!

ESCENA II

Dicha y JESÚS

JESÚS. Oye tú, ¿has *vendío* algo?

INOCENCIA. Pero *mia* que *tiés* cosas de á chavo, hombre; sabes que acabo de abrir el puesto, y ya *quiés* que tenga venta.

JESÚS. Bueno; es que te *azvierto* que no tengo tabaco, ni un perro *pá* ir á pasar la tarde en cá Manolo.

INOC. ¡En cá Manolo, á esa tasca indecente, á gastarse los cuartos jugando allí al *musazo*!

JESÚS. Haber dicho que te gustaba el tresillo. ¡Pues no te has hecho tu elegante, ni ná! Cómo se conoce que no sabes jugar al mús.....

INOC. Ni falta, chico; pues vaya un juego divertido... parece la cuenta de la lavandera.

JESÚS. Enseguidita.

INOC. ¿No? *Pus* á ver, dos de la grande y dos de la chica, cuatro; dos de pares, seis; y dos de medias, ocho; y luego os llevais una por que sí y otra por que no; en fin, que por tóo os llevais algo.

ESCENA III.

Dichos y COLÁS y MAURICIO borrachos. El primero lleva una bota de vino al hombro y el segundo un pato. Entran por la derecha.

COLÁS. Buenas tardes.

INOCENCIA. Muy buenas. ¿Qué desean *ustés*?

MAURICIO. Unas copitas de aguardiente. (Pausa.)

INOC. (Sirviéndoles.) Tengan *ustés*.

MAU. Muchas gracias. (Muy premioso en la pronunciación.)

INOC. No hay de qué.

COLÁS. Creí que no llegaba... Los malditos callos... (Sentándose en el banco.)

INOC. ¿Tié usté muchos?

COLÁS. ¡Dos pesetas!... Entre este y yo nos hemos comido en un ventorro ¡dos pesetas!

MAU. Tes... testifico. (Sentándose también.)

INOC. Si, ya había *notao* yo cuando han *venío* *ustés* que el señor no andaba bien.

COLÁS. ¿Que... que no andaba bien? ¡Es claro! Cuando á uno le hace daño una bota... pues... pues anda mal. (Señalando la del vino.)

JESÚS. ¡Naturalmente!

MAU. (A Inocencia.) Dé usté de beber á ese señor lo que quiera. (Señalando á Jesús.)

INOC. Tú, ¿qué quieres?

JESÚS. Dame una copita.

COLÁS. Y á nosotros... otra; pero que sea mejor, porque... la *verdá*... este era muy malo.

JESÚS. (Por la tremenda) Oiga usté, amigo; delante de mí no hay quien rebaje el aguardiente de este puesto.

MAU. Delante de usté... no; pero se conoce que le rebajan cuando usté se va... porque está muy *rebajao*.

JESÚS. Eso ya es otra cosa.

INOC. ¿De *ande* vienen?

COLÁS. De Puerta-hierro.

INOC. ¿Y han *pagao ustés* derechos por el vino y el pato?

MAU. ¡Quiá! Nosotros no pagamos hoy derechos... *asolutamente ná*.

JESÚS, Dice que si han *pagao ustés* puertas.

COLÁS. ¡Ah!... Sí, yo he metío el vino de *guagua*... y éste ha metío la pata.

MAU. El pato.

COLÁS. No, hombre, no; la pata... porque te han visto el pato... y hemos tenido que pagar... de modo que... que has metido la pata.

MAU. Bueno, señora; dénos ustez otras copitas y á ver qué se debe.

JESÚS. (Aparte á Inocencia.) Oye, tú, mételes mano.

INOC. Bueno, hombre, bueno.

COLÁS. Que... que se debe.

INOC. Tres riales.

MAU. ¡Tres... riales! ¡Atiza!

COLÁS. (Levantándose.) Bueno, bueno... ahí van; (Sacando el dinero) pero me *paece* que debían *ustés* hacer con el precio lo mismo que con el líquido; vamos, rebajarle un poquito más... porque el precio es muy fuerte.

MAU. Me *paece* á mí que aquí también hemos *pagao* el pato. (Se levanta y hacen mutis por la izquierda, tambaleándose sin exageración.)

ESCENA IV

INOCENCIA y JESÚS, solos

JESÚS. Trae, tú.

INOC. Toma. (Dándole algunas monedas)

JESÚS. ¿Qué me das aquí?

INOC. Un *rial pá* el tabaco.

JESÚS. Vamos, chica, *te se* figura á tí que yo fumo de á real?

INOC. Pero te voy á dar los tres *riales*?

JESÚS. Pero ¡ya lo creo! ó te doy un *mamporro*.

INOC. Ya te he dicho que soy de «mírame y no me toques».

JESÚS. De lo que tú eres, es... de «tócame y no me mires» (Quitándole todo el dinero y haciendo mutis por la derecha, contoneándose.)

INOC. Oye, tú, ¡que vuelvas pronto!

ESCENA V.

Dicha y D. SEBASTIÁN, que entra á sentarse muy decidido, por la derecha.

D. SEB. ¡Aguadora! (Con marcado acento cubano todo su papel.)

INOC. ¡Va en seguida, señor!

D. SEB. No corre prisa.

INOC. ¿Qué desea *ustez*, caballero?

D. SEB. Una copita de *cognac*.

INOC. Aquí no hay eso.

D. SEB. Pues que hay aquí... Ginebra?

INOC. Sí, señor.

D. SEB. Pues una copita de Ginebra.

INOC. En seguida. (Se va al puesto y la prepara con gran esmero.)

D. SEB. (Aparte.) Esta mujer podrá informarme de la conducta de mi esposa. Es preciso que yo vuelva á su lado en la seguridad de que

ha seguido siendo tan buena como cuando yo la dejé.

INOC. Aquí tiene *usté*.

D. SEB. Tenga, un peso, la vuelta es para *usté*, niña.

INOC. ¡Muchas gracias! (Qué cariñoso y qué espléndido es este señor.)

D. SEB. Oiga; ¿*usté* conose á una señora rubia que vive en aquel segundo?

INOC. ¡Ya lo creo!

D. SEB. ¿Quiere desirme lo que de ella sepa? Por que quiero haserla el amor, y no me gusta proseder á tontas y á locas.

INOC. Con mucho gusto. Precisamente hoy hemos estado hablando de ella la portera y yo, y me lo ha contado todo.

D. SEB. ¡Caramba! Pues diga, diga, y le dará más plata para el bolsillo. Pero no me mienta, ¿eh?

INOC. No, señor. Tendrá de edad unos treinta años: es rubia...

D. SEB. ¡Justo, justo; siga!

INOC. Pues bien. Se hace pasar por viuda de un banquero francés.

D. SEB. ¡Hola!

INOC. Y dice que la dejó una gran fortuna.

D. SEB. ¡Hola, hola!

INOC. Y la fortuna se la administra un tío...

D. SEB. ¡Hola, hola, hola!

INOC. (Qué *atrocidá* qué oleaje.) Y el tío en cuestión no sale de ahí ni de día, ni de noche... pero ¡caballero! qué...¿se pone usté malo?... ¡Dios mío!

D. SEB. No, no es nada, un mareo...

INOC. ¿Quiere usté otra copita?

D. SEB. No, no quiero nada.

INOC. Está bien, señor. (Vase hacia el puesto.) (La entrega un billete del Banco: si es auténtico siempre, mejor para Inocencia.)

D. SEB. Ahora yo me voy al Juzgado de guardia, hago la denuncia y sorprendo á la infame... ¡Ah, ingrata! (Mutis.)

INOC. ¡Pobre señor! Esperaré haciendo croché á la sombra, á ver en qué para esto.
La verdad es que algunas mujeres merecían un Colás como el mío *pá* que supieran lo que era canela de la propia Cochinchina... ná, china, ná, china, ná... (cantando)
Vaya unas ganas de cantar que me han *entrao*. Ya empiezo á sentir los efectos de los cinco duros... ¡Ea! á limpiar estos cacharros y á cantar: no sé qué tienen las coplas que parece que ayudan al que trabaja.

MÚSICA

El cante me alivia
de muchos pesares
y aunque paso la vida cantando
los tengo á millares.

***

Tonta es la que se fía
de los amores
que con fingido fuego
la pinta un hombre...
¡Ojo, chiquillo,
y no vayas á darte
por aludido!

***

Las mujeres que quieren
como es debido,
siempre sufren desdichas
por su marido.
Mas se desquitan
con que el hombre que quieren
le haga caricias.

***

Nunca debes fiarte
de las mujeres.
Que con ensañamiento
tienden sus redes.
¡Ojo, chiquilla,
y no vayas á darte
por aludida!

ESCENA VI

Un chulo y una chula, tipos esencialmente madrileños, entran por la derecha cortoneándose, hasta llegar cerca del puesto. Luego INOCENCIA.

CHULO. ¿Sabes que cualquiera sale á la calle contigo? Pues no consumes ná que digamos.

CHULA. ¡Qué atrocidad!

CHULO. Pues que *atrocidá*, *tóo* se te antoja; mojama, cacahuets, *tóo*: desde que estamos en la Plaza ya te has comido sesenta céntimos y pico.

CHULA. Eso que tú dices: y *pico*. (Poniéndose el dedo índice en los labios.)

CHULO. ¿Y ahora, qué te pide el cuerpo?

CHULA. Agua.

CHULO. Pues ven á este puesto ¡Aguadora! Un vaso de agua.

INOC. ¿Con aguardiente?

CHULA. Sí.

CHULO. Nada de aguardiente. ¿Cómo vas á beber aguardiente encima de los cacahuets y de la mojama?

CHULA. *Ná*, hombre, pues sin aguardiente.

INOC. ¡Vaya una parroquia!

CHULO. ¡Vaya una diócesis! digo yo. O es que hay que venir aquí á tomar lo que *osté* quiera?

INOC. Calle *usté*, hombre, no se sulfure *usté*. Pues apenas es delicao el hombre! Si estuviera ese aquí, como debía, no le dirían á una estas cosas.

CHULO. Pero ¿qué está *usté* rezando?

INOC. Nada hombre, ¿es que tan poco se *pué* rezar? (Sirviendo el agua.)

CHULA. ¡Pues no es *usté* poco religiosa! (Bebiendo.)

INOC. Más que *usté*.

CHULO. Mira, en eso *tié* razón la aguadora.

CHULA. Bueno, bueno; paga y vámonos.

CHULO. ¿Cuánto es?

INOC. Un perro chico.

CHULO. ¿Se ha subido?

INOC. Sí señor.

CHULO. Ahí vá. (A la chula.) ¡Oye! y con este perro me cuestas hoy cerca de setenta céntimos. (Mutis por la derecha.)

ESCENA VII

Dicha y doña ELENA, acompañada de su hija SAGRARIO y su novio LEONARDO; pareja amorosa exageradamente cursi. Entran por la izquierda.

LEONARDO. ¿Quieren ustedes tomar algo en este puesto?

D.ª ELENA ¡Ay, hijo!... Aunque no sea más que por descansar.

SAGRARIO. Yo, no estoy cansada.

D.ª ELE. A tus años tampoco yo me cansaba.

INOC. ¿Van ustedes á tomar algo?

D.ª ELE. (Sentándose.) Sí, tomaremos unos pastelitos y unas copitas de Jerez.

INOC. No hay; merengues, si quiere usted, ó bollos de aceite.

SAG. ¡Uf, aceite!

LEO. No, merengues y unos vasos de agua.

INOC. ¿Y aguardiente?

D.ª ELE. Sí, y unos volados.

LEO. Para mí no. Yo no quiero volado.

D.ª ELE. ¿No le gustan á usted, Leonardo?

LEO. No, señora.

D.ª ELE. Ay, pues á mí sí.

LEO. (Aparte.) Entonces le gustaré yo á tu mamá.

SAG. ¿Por qué, nene?

LEO. Porque estoy volado, nena.

SAG. ¿Por qué, nene?

LEO. Porque sí; qué sé yo. (Porque me parece que no voy á tener bastante dinero.)

D.ª ELE. Bueno, vengan enseguida esos merengues.

INOC. Sí, señora. (Se retira al puesto para servirles, operación que hace con gran brevedad.)

D.ª ELE. Yo mejor me comería una chuleta.

SAG. (¡Leo mío!)

LEO. (¡Qué quieres, vida?)

D.ª ELE. Vamos, niños, niños, formalidad. Parece mentira que de novios estéis tan ciegos, y luego... (Comiendo merengues.)

SAG. ¿Qué, mamá?

D.ª ELE. Que en cuanto os caséis recobraréis la vista.

SAG. ¿Sí?

D.ª ELE. ¡Oh! eso es seguro. El matrimonio, hija mía, es un oculista eminente.

LEO. ¿Quiere usted más merengues, doña Elena?

D.ª ELE. No, hijo, no; me he comido seis, pero no se quita el apetito.

SAG. (¡Leo mío!)

LEO. (¡Nena!

D.ª ELE. Siento una pesadez de cabeza y un dolor de estómago... Estoy cansadísima... ¡Ay Dios mío! (Da algunas cabezadas.)

LEO. Tu mamá se ha intoxicado.

SAG. Es posible.

LEO. Se está quedando dormida.

SAG, Me parece que sí.

MÚSICA

LEONARDO y SAGRARIO cantan sentados en el banco del aguaducho; la mamá de ésta duerme, apoyando la barbilla sobre el pecho, y da cabezadas lo más ridículas posible.

LEO. Sagrario de mi vida

ya duerme tu mamá,
charlar puedes ahora
con toda libertad.

SAG. Hablemos, pues lo quieres,
de nuestro amor leal;
pero muy callandito
que se vá á despertar.

*
* *

SAG. ¿Me quieres, cielo mío?
LEO. Te quiero mucho;
estoy como un merengue
de este aguaducho.
SAG. Entonces Leonardito
no es tu amor puro,
porque están los merengues
bastantes duros.
LEO. Más bajito, más bajito,
te lo pido por favor.
SAG. Sí, es preciso que bajemos
un poquito el diapasón.
LEO. El día que bendigan
nuestros amores,
te llamarás Sagrario
Ramos de Flores.
SAG. Es un nombre precioso.
¿Qué te parece?
LEO. Pues qué ha de parecerme.
que lo mereces.

*
* *

SAG. Más bajito, nene mío,
baja un poco el diapasón.
LEO. Sí, porque si se despierta
pobrecitos de los dos.
SAG. ¡Chitón!
LEO. ¡Chitón!
LOS DOS. ¡Chitón, chitón!

HABLADO

D.ª Ele.	Me he quedado un poquito transpuesta.
Leo.	Pues no lo hemos notado.
Sag.	¿Quieres que nos vayamos, mamá?
D.ª Ele.	Sí, vámonos, hija mía.
Leo.	¡Aguadora! ¿Qué se debe?
Inoc.	Una peseta.
D.ª Ele.	¡Qué atrocidad!
Inoc.	Regatée usté, señora.
D.ª Ele.	No, mujer; si digo que es una atrocidad de barato. (Levantándose los tres.)
Inoc.	¡Ah, vamos!
Leo.	(Tenga usted, noventa céntimos, no tengo más suelto.)
Inoc.	¡Vaya, ¡muchas gracias! (Con sorna)
Sag.	¡Luz de mis ojos!
Leo.	Ya has oído á tu mamá. Ahora estás ciega por mí, luego se te aclarará la vísta.
D.ª Ele.	¡Ea vamos deprisita! (Mutís izquierda)

ESCENA VIII.

INOCENCIA sola

Vaya unos parroquianos. Por supuesto, ese pobre señorito con seguridad no llevaba un perro más. ¡Anda Dios! Ahora vienen los poetas *chirles* de *tóas* las tardes. Me voy á seguir mi *croché* por no verles. (Mutis izquierda.)

ESCENA IX.

Poeta primero y poeta segundo

Primero. ¡Hombre! te voy á leer
catorce ó quince quintillas.
Segundo. ¿Cuando las has hecho?
Primero. Ayer,

á eso del anochecer.
SEGUNDO. (Pues si lo sé no me pillas)
PRIMERO. Y dicen así: «Mis bodas»
SEGUNDO. Escúchame ¿te incomodas
si yo te hablo con franqueza?
PRIMERO. No.
SEGUNDO. Pues no las leas todas,
que me duele la cabeza.
PRIMERO. Es que si te sientes mal
te las leeré otro día...
SEGUNDO. No, hombre, no, qué tontería,
léeme las del final,
y si me gustan, confía
en que te doy mi opinión,
según mi costumbre, franca,
con todo mi corazón.
(O te doy con una tranca
en mitad del esternón.)
PRIMERO. Bien, pues basta de querellas.
SEGUNDO. Sí, hombre, sí; dime un par de ellas,
no me leas más, ¡por Dios!
PRIMERO. (Con altivez.) Si te leo más..... ¡me estrellas!
Ahí van las últimas dos:
«La celestial criatura
á quien me uní con ternura
por su belleza y encantos,
tiene un metro y treinta y tantos
centímetros de estatura.
Mi primera operación
en la cámara nupcial,
dicha está en mi relación;
fué la de la medición.....
de su cuerpo virginal.»
SEGUNDO. Muy bonitas..... ¡muy bonitas!
á los clásicos imitas,
y están hechas sin un rípio.....
¡admirablemente escritas!
Léelas desde el principio.

PRIMERO. ¿Desde el principio? Mañana.
¿Me juzgas..... tan tarambana
que no advertí tu desprecio?
SEGUNDO. ¡Léemelas, no seas necio!
PRIMERO. Nada. No me da la gana.
Ya puedes dar rienda suelta
á tu censura leal.
SEGUNDO. Pues que tienen mucha sal.....
PRIMERO. Dímela, dando una vuelta
por el Palacio Real.

ESCENA X

(Soldado de caballería de Pavía, precisamente, y una niñera con un muñeco en brazos.)

SOLDADO. ¡Oiga osté prenda!

NIÑ. Ya le he dicho á usted que haga el favor de retirarse.

SOL. Pero, ¡arma mía! si eso de retirarse no lo puen hacer más que lo jefe y ofisiale.

NIÑ. Si digo que se vaya usted, hombre.

SOL. Pero si me iré. Aunque antes tengo que darle á osté una notisia y haserla una pregunta.

NIÑ. ¿A mí?

SOL. Sí, señora, á osté.

NIÑ. ¿Cuál es la pregunta?

SOL. Pues que me diga osté si es ama ó niñera.

NIÑ. ¿Y á usted qué le importa?

SOL. A mí no; pero á j'osté sí, porque al declararme la puedo icir arguna barbariá.

NIÑ. Pues soy niñera.

SOL. Contesta osté talmente como una mujer de crianza. Pues ná, déje s'oste de niñadas, y dedíquese osté á criá pá tóo, porque tiene mejor cuenta.

NIÑ. Pues hijo, yo ya he servido de niñera en tres casas y me ha ido divinamente.

SOL. ¡Ay, ay, ay! De manera que osté ya ha tenío tres niños? Pus na, pá q ie nos entendamos, tié osté que variar de profesión.

NIÑ. ¿Por qué?

SOL. Porque si esto se formaliza, cuando yo me case con osté, !o menos ha tenío osté ya..... catorse ó quinse chiquillos.

NIÑ. ¿Y qué?

SOL. Ná, que es haber tenío ya muchos chiquillos.

NIÑ. Así voy acostumbrada.

SOL. Sí, pero no, no es eso.

NIÑ. Bueno, ¿me dá usté la noticia?

SOL. ¡Ah sí! La noticia es que estoy muerto por usté y que soy un húsar de Pavía, andalú, que quita er sentío.

NIÑ. ¿Es usté de Pavía?

SOL. Sí, señora, pero quiero pasar á ser de Montesa.

NIÑ. ¿Y cree uste que lo conseguirá?

SOL. Hija, eso depende de las dependencias.

NIÑ. Ahora tengo yo que hacerle á usté otra pregunta.

SOL. Pregunte, uste, cielo, que la voy á contestar mejor que el Fleuri.

NIÑ. ¿Quiere usté decirme por qué son ustedes andaluces casi todos los *soidaos*?

SOL. Pus mu fásil. Como semos militares á la fuerza, nos jasemos tóos andaluces pa ser paisanos.

NIÑ. Bueno, pues cuando sea usté paisano de veras, podremos entendernos.

SOL. Pus entonces, prenda mía, espéreme osté sentá, porque si no vá osté á jestar rendididita.

NIÑ. ¡Adios, húsar!

SOL. ¡Adios, cuerpo de infantería!

NIÑ. ¿Qué?

SOL. Ná, hija. Que como tié osté tantos infantitos...

NIÑ. ¡Ah, vamos! (Váse por la izquierda.)

SOL. ¡Olé, el salero!... ¡Si no tuviera que *dir* al rancho! (Mutis por la derecha.)

ESCENA XI

INOCENCIA sola

Guardaré aquí el croché; me parece que ya está el lío armao, porque allí se reune gente. (A voces, como hablando con la aguadora del puesto vecino.) ¡Oye, Nicolasa, échame un ojo al puesto, qne voy á ver lo que es aquello, aunque me lo figuro!
¡Vaya un escándalo que he armao yo por hablar de más, para sacarle los cuartos á ese tío viejo! (Mutis derecha.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

ESCENA XII

Telón. Fachada de una casa elegante. Portal ancho en el centro.

(Por la derecha salen el Juez y D. SEBASTIÁN, acompañados del Secretario del Juzgado y cuatro guardias de orden público.)

D. SEB. Esta es la casa, señor Juez.
JUEZ. ¿Está usted seguro?
D. SEB. Segurísimo.
JUEZ. Bien. Guardias, ustedes dos se quedan aquí, procurando que nadie entre ni salga durante mi diligencia. También procurarán ustedes que esto esté despejado de los grupos de curiosos que empiezan á formarse.
UN GUARDIA Está bien, señor Juez. Serán cumplidas todas las órdenes.
JUEZ. Nosotros en marcha. Caballero, usted nos guía.
D. SEB. Vamos.
(Entran en el portal, al cual se agolpa la gente del pueblo, formada por nodrizas, niñeras, soldados, hombres, mujeres y chicos, saliendo de derecha é izquierda.)

MÚSICA

LOS GUAR. Les decimos á ustedes
que se vayan de aquí,
si nun quieren que *haiga*
la de San Quintín.

***

UN SOLD. ¿Se sabe lo que pasa?
UNA NIÑ. ¿Qué habrá ocurrido aquí?

Uno del pueblo — Un suicidio, ó un robo,
ó alguna cosa así.



COROS

Ha venido el Juez de guardia,
y ha entrado con dos testigos
y un señor de mucha edad.

Coro de Sras. — ¿Qué habrá sido?

Coro de Cabs. — ¿Q ıé habrá sido?

(Entra Inocencia haciéndose rodear de los coros y cantando con ademanes misteriosos.)

INOC. — No es crimen ni suicidio:
es un misterio.
Yo creo que se trata
de un adulterio.

CORO. — ¡Qué atrocidad!
Qué vergüenza tan grande.....
para la vecindad!

INOC. — Hace una media hora
vino á mi puesto
un caballero anciano
que es habanero.

CORO. — ¡Un habanero!
que es posible que traiga
mucho dinero.

INOC. — Trató de sonsacarme
lo que sabía
de una señora rubia,
que es la vecina.

CORO. — Y usté inocente,
se lo ha contado todo
absolutamente.

INOC. — Se puso el pobre hombre
todo furioso,
pues él mismo me dijo

era su esposo. (Váse.)

CORO. ¡Pobre mujer!
Qué cosa tan horrible
la que va á suder.

(La señora Luisa sale del portal con ademanes descompuestos, ocupando entre los coros el lugar que poco antes Inocencia.)

SRA. LUISA. ¿Quién ha sido de ustedes
el *solene* embustero
que ha dicho que se trata
de un adulterio?
¿Quién es? ¡Vamos á ver!

LOS COROS Lo ha dicho la aguadora.

SRA. LUISA. Pues es una embustera
y una *caluniadora.*

COROS. ¡Que se marche... ¡Que se vaya!
¡Fuera de aquí! ¡Fuera...! ¡Fuera!

(Entrando en la portería simulando hablar con los guardias)

GUARDIAS. Ya les han dicho á ustedes
que se vayan de aquí,
si nun quieren que haiga
la de San Quintín.

(Uniendo la acción á la palabra, los guardias, empujan á los grupos á derecha é izquierda, hasta dejar la escena completamente sola.)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Sala decorada y amueblada con exquisito buen gusto.

ESCENA XIII

Don SANTIAGO de avanzada edad y figura distinguida, y su sobrina doña SALUD, lujosamente ataviada de casa. Es muy rubia. Aparecen sentados.

D. SANT. Díme, querida sobrina,
en qué quieres que invirtamos
ese dinero; sepamos
cuándo y á qué se destina.
Son doscientas mil pesetas..,
D.ª SAL. —Pero, tío, ¡por favor!
D. SANT. —¿Quiéres comprar exterior?
D.ª SAL. —¡Por Dios, tío! No me metas
en los negocios á mí.
Si yo no tengo interés...
D. SANT. —¿En tres por ciento francés?
D.ª SAL. —¡En lo que te plazca á tí!
De las compras á las ventas,
lo que adquieras ó enajenes,
tratándose de mis bienes
nunca he de pedirte cuentas
D. SANT. —Bueno. Pues antes que suba,
ya que así me comprometes
las invertiré en billetes
hipotecarios de Cuba.
Es una renta preciosa...
D.ª SAL. Bien, tío, no me atolondres.
D. SANT. Se cobra el cupón en Londres,
y el premio...
D.ª SAL. Bien, á otra cosa.
¡Mira que eres machacón
hablándome de dinero!

Ya te he dicho que no quiero
tanta preocupación.
Tengo mucho en que pensar
con pensar en mis quehaceres.

D. SANT. Lo de todas las mujeres.
¡No lo podeís remediar!

D.ª SAL. ¿Habéis cerrado ya el trato
del hotel?

D. SANT. De buena gana,
pero hijita hasta mañana
no se firmará el contrato.
He pasado mil apuros
para convencer al dueño,
pero inútil fué mi empeño;
te cuesta treinta mil duros.

D.ª SAL. Otra vez los ochavitos
á relucir... ¡Cielo santo!
(Con mimo.) ¿Pero, tío, cuesta tanto
no hablarme de centimitos?

D. SANT. ¿Y de qué quieres que hablemos?
¡Vamos á ver, qué demonio!

D.ª SAL. No sé.

D. SANT. ¿De tu matrimonio?
Si tú quieres, hablaremos.
Casándote, tu marido
regirá tu capital,
y así evitamos el mal
de que hablen en mal sentido.

D.ª SAL. No; tu presencia me escuda
de que la maledicencia
diga alguna inconveniencia,
porque soy joven y viuda.

D. SANT. A pesar de eso..... es mejor.....

D.ª SAL. Si tú quieres que me case,
me caso: sobre la base
de ser mi administrador
para siempre, ¿me has oído?

D. SANT. ¡Sí, mujer, no lo he de oir!

D.ª Sal. Si no, vuelvo á repetir,
que no buscaré marido.....

ESCENA XIV

Dichos y la criada, que abre la puerta del foro con violencia, y sin pedir permiso, entra asustada y hablando balbuciente

Criada. ¡Se...ñoritos!... ¡quieren!... ¡veros!...
D.ª Sal. ¡Hable usted, mujer!
D. Snt. ¿Qué pasa?
Criada. ¡Que han invadido... la casa...
cuatro ó cinco caballeros!

ESCENA XV

Dichos y D. SEBASTIÁN que entra furioso en la sala con el bastón enarbolado, seguido del Juez y el Secretario. Los dos guardias quedan en el dintel de la puerta como custodiándola.

D. Seb. ¿Dónde está la infiel?
D.ª Sal. ¡Socorro!
Criada. ¡Favor!
D. Sant. ¡Oh!
D. Seb. ¡Ah!
Juez. Silencio.
D. Sant. ¡Pero señores!
Juez. —Ni una palabra mas.
D. Seb. —¿Dónde está mi esposa? ¿Dónde?
D. Sant. —Está usted loco de atar...
¿Qué esposa?
Juez. —¡La del señor!
D. Sant. —Yo qué sé dónde estará.
Si es la esposa del Señor...
en el cielo.
D. Seb. —¡Voto á san...!
Juez. (A D. Santiago) Señor mío, soy el Juez.
D. Sant. —Está bien.
Juez. —Mi autoridad
me da derecho á preguntas

que tenéis que contestar.

D. SANT. —¡Pero sí contestaré!

D. SEB. —Lo veremos.

D. SANT. —Preguntad...

JUEZ. —La señora de la casa?

D. SANT. —Es mi sobrina; aquí está (Indicándola)

JUEZ. (A D.ª Salud) ¿Cómo es su nombre de usted?

D.ª SAL. —Salud Rey, viuda de *Bacle*.

JUEZ. (A D. Sebastián) Pero si usted no se ha muerto, ¿cómo es viuda?

D. SEB. —La verdad...
¡no sé una palabra de esto!
¿Me deja usted preguntar
á esta señora una cosa?

JUEZ. Sí.

D. SEB. —Doña Virtudes Sanz,
¿no vive aquí?
—No, señor.

D. SEB. —¡Jesús, qué barbaridad!

ESCENA XVI

Dichos y la señora LUISA

SRA. LUISA. (Desde la puerta) —¿Puedo pasar?

JUEZ. —Adelante.

SRA. LUISA. —Yo diré de pé á pá
todo lo que ha sucedido
en esta casa.

D. SANT. —¡Quizá
sea la culpa de usted!

SRA. LUISA. —Sí, D. Santiago, ¡quizás!

JUEZ. —Veamos. ¿Qué ha sucedido?

SRA. LUISA. —La cosa más natural
del mundo.

D.ª SAL. —Pues yo no veo
tanta naturalidad.

SRA. LUISA. (Señalando á Sebastián)
El señor es el esposo

de doña Virtudes Sanz,
que ha vivido en este cuarto.
Se acababa de mudar,
cuando usted vino á la casa...

D. SANT. —Hace ocho días.

SRA. LUISA. —Cabal.
El señor estaba fuera,
no sé dónde...

D. SEB. En Ultramar.

SRA. LUISA. Y aunque le escribió diciendo
la calle, el número y tal,
de la casa nueva... ¡claro!
vino este señor y... ¡paf!
Se enteró por la aguadora...

D. SEB. —(Por cierto, bastante mal.)

SRA LUISA. —De que una señora rubia,
guapa, y de la misma edad
que la esposa del señor (señalando á D. Seb.)
vivía aquí. ¡Claro está!
Y como esa parlanchina
ha hablado mucho demás,
diciendo que patatín.

D. SEB. —Es cierto.

SRA. LUISA. —Y que patatán.

D. SEB. Pero bueno, mi mujer
¿en dónde vive?

SRA. LUISA —*Apuntá*;
tengo las señas abajo
en la portería.

D. SEB. —¡Ya!

JUEZ. (A la Sra. Luisa.)
Bueno, puede usted marcharse,
ya está usted aquí demás.
—Bien, señor. ¡Y ustés dispensen!
¡Adios, señorita! (Mútis por el foro.)

D.ª SAL. (Con desprecio. —¡Bah!

ESCENA ULTIMA

Dichos.

D. SEB. De modo que yo he venido
á este respetable hogar,
para hacer una figura
ridícula por demás;
pues creí hallar á mi esposa,
y he hallado... *¡la de Bacle!*
JUEZ. Ha sido una buena plancha.
D. SEB. Sí, señor, piramidal.
D. SANT. No pensemos más en eso.
D.ª SALUD. Más vale así, la verdad.
D. SEB. Muchas gracias, gran señora.
D.ª SALUD. No hay de qué, Don...
D. SEB. (Haciendo una marcada reverencia) Sebastián
Alburquerque y Caballero,
que le ofrece su amistad
más sincera.
D. SANT. Muchas gracias,
la aceptamos.
D.ª SALUD. Sin dudar.
D. SEB. Y usted, señor Juez, perdone
esta irreflexión brutal. (Inclinándose.)
JUEZ. El juez verdadero es ese... (señalando al publico)
El os ha de perdonar.

TELON

Este libro se halla de venta en la librería de D. Victoriano Suárez, Preciados, 48, y en las principales de España.

UNA PESETA